



Castelar.

Celebridades.

Debe escribirse la semblanza de los grandes hombres con extensión inversa de la grandeza á que llegaron. Como el aire, que todo lo puebla, es la fama, y la fama excita la curiosidad de las gentes describiendo el tipo del hombre, los azares de su vida, sus anécdotas, sus caprichos y temperamento, y lleva á todas partes el relato íntimo de una vida que no es española, ni francesa ni alemana, sino universal, cosmopolita como el aire mismo. Pero la fama de Castelar no es fama que haya llevado el viento á través de mares y continentes: es fama que supo llevar él mismo con su palabra ó con su pluma á todos los puntos de la tierra.

La figura política del orador sin par no es asunto de este sitio, ni es tan grande ni bella que pueda resistir airoso un detenido examen de la justicia; pero su literatura es tan hermosa y su oratoria tan grande, que nos recuerda los clásicos artistas de la palabra; sin esfuerzo nos trae á la memoria los ruidosos triunfos de Pericles y de Demóstenes haciendo estallar el entusiasmo de los atenienses, ó el de Cicerón electrizando al Senado y haciéndole condenar á uno de los más revoltosos senadores de su época.

La oratoria de Castelar, muy parecida á la de Demóstenes cuando se dirigía al pueblo en reuniones políticas, difiere de la del griego en lo que forzosamente ha de diferir: los oradores griegos, que hablaban en la plaza pública con extraordinaria libertad, eran muy poco mesurados en la expresión de sus ideas; atacaban al enemigo político con frases duras y soeces, y fuera de sí le dirigían los más crueles apóstrofes, como vemos en los famosos discursos de Demóstenes y Esquines. Pero en los Parlamentos de nuestra época no caben sino discusiones en que resplandezca la medida de la forma.

La obra literaria de Castelar es muy vasta; pero entre sus muchos y notables libros descuella *Recuerdos de Italia*, en que hay capítulos de excepcional belleza.

No sobresale Castelar en la novela, ni en la Historia: la narración sobria y severa de los hechos no armoniza con la imaginación de tan gran poeta como fué el orador famoso, que dejaba volar su espíritu hasta alturas inconcebibles. Esta misma disposición es causa de que fatigue su prosa, cortada con inacabables oraciones incidentales y prolijas alusiones y citas de hechos ó leyendas que no siempre son oportunos.

31 Diciembre 1899.

La gloria de Castelar es de todos los españoles: tan hermosa es y tan arraigada vive fuera de nosotros, que ilustres historiadores modernos llaman con énfasis á España *la patria de Castelar*, frase que nos da aproximadamente la medida de la grandeza del más afamado español de nuestro siglo.

Don Gil de las Calzas Verdes.



Fuego graneado.

NOCTURNO

Al declinar la tarde,
junto al estanque, apasionada, loca,
por negarme á besar tu linda boca
me llamaste cobarde.

—
Á la noche siguiente,
solos también junto al lejano estanque,
con entusiasta y varonil arranque
me llamaste valiente.

—
De fuego el alma henchida
me abrazaste, mi bien; de amor sedienta...
¡Lloras, quizá, porque en la lid sangrienta
caíste al fin vencida?

—
Cuando del alma brota
un ósculo de amor, el pecho estalla:
la victoria, mi bien, de esa batalla
será nuestra derrota.

Gonzalo Cantó.



LAS DOCE EN PUNTO

(FANTASÍA)

Esta noche, cuando el minuterio y el horario de todos los relojes lleguen á encontrarse en la parte superior de la esfera, habrá muerto el año **1899...** estrangulado por las dos manecillas..

¡Vaya con Dios!

Si no fuese por ese mecanismo que hoy está al alcance de todas las fortunas, nadie sabría que el año acababa.

¿Para qué se habrá inventado la medida del tiempo?

Por mi parte declaro que era innecesaria, y detesto profundamente lo mismo el almanaque que el reloj, esos dos vigilantes que nos dan el ¡quién vive! cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada mes, cada año y cada siglo...

¡Hombres de estado que en vuestras lucubraciones políticas dais rienda suelta á la imaginación en busca de nuevas fórmulas; filósofos que os abstraéis persiguiendo siempre el último por qué y la razón última de las cosas; poetas que os sentís tocados en vuestra frente por el dedo maravilloso de la inspiración; genios que os agitaís para producir; sabios que soñáis con arrancar un secreto más á la naturaleza: maldecid al reloj que corta el hilo de vuestros estudios, de vuestros silogismos, de

vuestros poemas, de vuestras concepciones, de vuestros inventos, avisándoos la hora de subir á la tribuna, de acudir á la cátedra, de visitar al editor, de comer, de dormir; al reloj que se pone en contacto con las realidades groseras de la vida!...

¡Qué feliz sería el hombre si ignorase que hay días y años!...

¿Qué esfera de reloj más hermosa que ese cielo espléndido, lleno de estrellas unas veces, alumbrado por la antorcha del sol, otras?

La naturaleza misma se encargaría de *ponernos en hora*, sin necesidad de que nosotros nos molestásemos.

Cuando las sombras de la noche se dilataran borrando con su oscuridad los contornos de las cosas y el último rayo de luz se disipase entre nieblas, el hombre caería bajo el poder misterioso de un momento solemne, y dormiría.

Después, cuando apuntasen por Oriente los resplandores del alba y en los picos de las montañas se clavasen los primeros rayos del sol; cuando la luz suave y etérea viniese á acariciar el rostro del hombre, su cuerpo se estremecería á aquel influjo y despertaría... Sin necesidad de saber que en el primer caso eran las ocho de la noche y en el segundo las seis de la mañana.

¡Malditos sean desde el *gnomon* de los caldeos y la *clepsidra* de los griegos hasta el «Omega» de casa de Coppel!

Sí, odio al reloj con toda mi alma.

¡Cuántas veces al lado de la mujer que sintetizaba las ilusiones de la vida entera, ebrio de gozo por haber llegado el momento de sujetarla entre mis brazos, puestos en sus ojos los míos y repercutiendo en mí los latidos de su corazón, ha venido ese maldito péndulo á interrumpir un idilio que debió ser eterno!

¡Maldita campana que en cada vibración suya se llevaba un siglo de placer!

Los pueblos salvajes son más felices que nosotros; disponen del tiempo á su arbitrio, sin horas que les marquen perentoriedades horribles.

¿Qué falta nos hacía saber que el año termina esta noche á las doce en punto y que un segundo después comienza el venidero?

Sí no hubiese reloj...

Sí no hubiese reloj seguiría yo escribiendo por los siglos de los siglos, sin tener en cuenta que MISCELÁNEA va á entrar en máquina de un momento á otro.

Félix Limendoux.

31 Diciembre.



LA FIESTA DE SAN ROQUE

(CUENTO BATURRO)

San Roque es el patrón de muchos pueblos de la ribera del Ebro. Coincide su fiesta con el descanso del verano, terminada la siega, y coge á los labradores con mucha oportunidad: dinero fresco y ganas de divertirse.

En cierta aldea donde la festividad religiosa del santo se celebraba con mucha pompa y á todo lujo, encargaron el panegirico de San Roque nada menos que á un canónigo de Zaragoza.

Este agradeció mucho el encargo; puso, como suele decirse, todos sus cinco sentidos en el estudio y redacción de la oración sagrada y, llegado el momento, predicó desde el púlpito rural el discurso más elocuente, profundo y claro que habían escuchado aquellos feligreses.

Grande, pues, fué el asombro del señor prebendado cuando, al terminar la fiesta religiosa, vió que nadie se acercaba á darle la enhorabuena, recibiendo por todo cumplido la ceremoniosa visita del alcalde, que le dijo, entregándole una moneda de dos pesetas:

—Tome usted, señor canónigo, por su trabajo.

Chocáronle en sumo grado al sacerdote tan ingrato proceder y tan mezquina paga; quiso saber las causas de todo ello y se enteró, por fin, de que aquel pueblo gustaba, ante todo, que el predicador nombrase muchas veces á San Roque, siendo costumbre abonar por el sermón tantas pesetas como «Roques» habían salido de los labios del orador; razón por la cual, no habiendo el canónigo nombrado al santo más que dos veces en todo el panegirico, ni había dado gusto á los señores ni había merecido más que dos pesetas.

Ocioso es decir que al año siguiente fué distinto el predicador. Este, que era otro canónigo de Zaragoza, iba perfectamente instruido por su compañero respecto á los gustos del pueblo y extraña manera de pagar los sermones.

Llegó el día de la fiesta. En el banco del Ayuntamiento destacábase la figura del secretario con una caña en la mano zurda y una navajilla en la diestra, para ir haciendo tantas rayas como veces nombrara á San Roque el predicador.

Luego se contaban, y á peseta por raya, ¡justo!

—¡Oh, San Roque!—empezó el predicador en tono declamatorio.

—¡*Rass!*—hizo la navaja del secretario en la caña de la contabilidad.

—¡Oh, glorioso San Roque!

—¡*Rass!*—otro corte de navaja.

—¡Oh Roque, santísimo Roque!

—¡*Rass! ¡Rass!*

Los labios del predicador no abandonaban el nombre del patrono del pueblo; el secretario sudaba como un pollo de tanto rayar en la caña...

No había descanso. En un inspirado apóstrofe exclamó el orador:

—¡Hasta las ranas dicen ¡Roque! ¡Roque! ¡Roque! ¡Roque!...

—¡Reconcho! que ya no canten más—dijo el secretario, arrojando la caña en medio de la iglesia.

Y dicen que desde aquel día desapareció de la aldea en cuestión tan original como extraña costumbre.

Luis Royo Villanova.



... VIDA VIEJA

Confieso que me subleva,
sin poderlo remediar,
cada vez que oigo exclamar:
«¡Año nuevo, vida nueva!»

Porque es cosa muy sabida
y probada de mil modos
que á la postre siguen todos
haciendo la misma vida.

El estudiante holgazán
que va á clase, por recurso,
dos veces en todo el curso,
por temor al qué dirán;
el tunante empedernido
que, libre de todo freno,
está resuelto á ser bueno
porque así lo ha decidido;
el empleado imprudente,
como hay muchos hoy en día,
que por una fruslería
le da *mulé* á un expediente;
el jugador que se juega
el alma, si es menester;
el que pega á su mujer,
la que á su marido pega;

el que, aunque se ve perdido,
triunfa y gasta hasta el derroche;
el que se pasa la noche
en la taberna metido;
el que juega, el pendenciero,
el que trasnocha, el celoso,
el trapalón, el vicioso,
el borracho, el embustero...

todos, queriendo dar prueba
de que salen de su engaño,
exclaman á fin del año:
«¡Año nuevo, vida nueva!»
¿Y se enmiendan? ¡No, señor!
Porque es un hecho real
que aquel que lo hacía mal,
lo sigue haciendo peor!

Ninguno llega á enmendarse,
aunque es otro su deseo,
y por lo tanto, yo creo
que debiera desterrarse
aquella fórmula añeja
que no puede prosperar,
y decir en su lugar:
«¡Año nuevo, vida vieja!»

Manuel Soriano.

Casi abierta.

Sr. D. Juan Pérez Zúñiga.

Dice usted con gran soltura
y á vuelta de mil razones,
que hice á usted proposiciones
para cantar la rotura
de mis humildes riñones.

(Digo *rotura*, y no fué
sino una relajación,
como ya lo sabe usted
y hasta me parece que
lo saben en Alcorcón).

Y mal nadie encontrará
que cuente usted en MISCELÁNEA
algo de mi extemporánea
afección, que llorará
la ciencia contemporánea,
y hará sentir hondamente
en todos los corazones
el afán vivo y ardiente
de estornudar suavemente
sin ofender los riñones.

Pues detrás del estornudo,
con sacudimiento rudo
se abre la región lumbar,
y no hay quien pueda aguantar
firme dolor tan agudo.

Está muy bien que al lector
dé usted cuenta del dolor
y el disgusto consiguiente;
lo que no creo prudente
es que con ese candor

diga usted en MISCELÁNEA
que su graciosa *instantánea*
fué exigencia mía... ¡No,
eso no he pedido yo!

¡Tal obra ha sido espontánea!

Usted oyó relatar
mi modo de estornudar
y me dijo usted al punto:
— ¡Hombre, ya tengo un asunto
que poder versificar!

¿Quiere usted que lo haga? — Si,
puede usted hacerlo; por mi
no hay ningún inconveniente... —

y usted inmediatamente
tomó nota: ¿no fué así?

¡Claro que fué! ¡Yo no había
de manifestar porfía
ni de incitarle, sañudo,
para que usted mi estornudo
sacara á la luz del día!

Y una razón contundente
que le puedo presentar
es ésta: que estornudar
no tiene absolutamente
nada de particular!

.....
Ya estoy bien, ando derecho
sacando hacia fuera el pecho
y sin dar un tropezón,
y ya camino gran trecho
sin auxilio del bastón.

Y la cosa más graciosa,
que usted hallará portentosa,
es que, con gran alegría,
me despoje el otro día
de la bizma misteriosa;

y fué tal el alegrón
y tal la satisfacción
que hube de experimentar
al verme en disposición
de volver á estornudar,

que, en efecto, estornudé
y se me abrió no sé qué
y volví á sentir dolores...
y volvieron los sudores
y punzadas... ¡yo qué sé!

Mi doctor, que es muy lamofo,
ni corto ni perezoso
me recetó otra bizmita
y me prescribió el reposo...
pero ¡el dolor no se quitó!

y me he convencido ahora
de que el mal de los riñones
¡lo alivia en menos de una hora
una bizma bienhechora
de tres ó cuatro millones!

Pelayo Vizuete.



LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS

El lujo ha multiplicado hasta el infinito sus aplicaciones, desarrollando la actividad humana en paralelismo con el acrecentamiento del bienestar y de la riqueza.

Sus manifestaciones más sorprendentes se encuentran á cada instante en los paseos, en las calles, en los establecimientos públicos, sin que nadie se detenga á considerar la cantidad de trabajo que supone cualquiera de esas bagatelas impuestas por la moda.

Pasa la vida con tanta rapidez en las grandes capitales, que sólo llega hasta nosotros el eco lejano y apagado de los talleres, donde la industria elabora sus maravillosas producciones.

Pero no sucede lo mismo con las pequeñas industrias; son éstas, por lo general, trabajos manuales en los que se ha derrochado el ingenio y la paciencia.

La Puerta del Sol es, por decirlo así, su mercado; el punto céntrico, de donde parten para las vías principales, tendiendo una red que se apodera de todo Madrid.

Un espíritu observador no dejará de asombrarse, notando la baratura de esas chucherías, cuyo precio no excede casi siempre de veinticinco céntimos.

La reflexión viene aquí acompañada de un poco de filosofía, viendo de qué manera el hombre acomete briosamente la lucha por la vida y gasta su paciencia en trabajos cuyas ganancias nos parecen muy problemáticas.

Ellos decoran las calles de Madrid; forman la parte pintoresca de la población; dan vida y colorido á todas las fiestas y solemnidades; asaltan los sitios de más concurrencia y constituyen el bello ideal de los chicos y de las mozas.

Detenemos á contemplar uno de esos vendedores ambulantes; es un mocetón robusto; la boina sombrea su rostro moreno; con el brazo izquierdo sostiene un enorme canasto lleno de muñecos de cartón; la mano derecha se apoya en un palo, especie de percha, de donde cuelgan los modelos de su mercancía.

Allí lleva representaciones de todas las clases de la sociedad: graciosas caricaturas de ministros, generales, celebridades conocidas, soldados, porteros, barrenderos, etc.

Mirad el mayor de todos, que pende del palo; es un general de cartón, con botas de montar pintadas de betún judaico, pantalones de albayalde, guerrera de anilina azul y entorchados de amarillo azafrán. Lleva la mano derecha apoyada en el pomo de una larga espada, y basta tirar de un hilo para que levante todo el brazo á la altura de la cabeza, como si fuese á dirigir un combate.

Unos cuantos chicos, con los ojos muy abiertos, contemplan al héroe de papel, mientras el vendedor repite su casi aleluya:

Por un miserable real,
¿quién no tiene un general?

Frente á la calle de la Montera, otro de esos artistas desconocidos paseaba con orgullosa petulancia conduciendo una caja con tapa de cristal que contenía sortijas, brazaletes, pendientes, alfileres para corbatas y otra infinidad de baratijas.

La curiosidad me incitó y quise ver de qué calidad eran los parroquianos de aquel buhonero falsificado.

No tardó mucho tiempo en acercarse un jovencito flacucho, pálido, con un bigote que parecía pintado, el cual pidió ver los alfileres de corbatas.

Los había para todos los gustos: animales de todas clases, flores de todas las especies, herraduras de metal dorado y combinaciones caprichosas.

El joven, después de tantear un rato, se mostró indeciso por escoger entre una rosa de latón en cuyo centro brillaba un *diamante* del tamaño de un garbanzo, como si fuese la gota de rocío, y otro que representaba una langosta de color aceitunado.

Por fin, discutido el precio, se decidió por la langosta, cuyo tamaño excedía al de la corbata, y que una vez colocada alcanzaba con las extremidades de sus alas hasta el primer botón del chaleco.

Satisfecho de la compra, continuó su paseo y desapareció de mi vista, dejándome absorto y pensativo, pues creí encontrar una misteriosa relación entre la tontería y la vanidad humanas.

Las pequeñas industrias ocupan á gran número de personas, y esto sin contar entre ellas á los que, como los vendedores de libros usados, periódicos y otros artículos, sólo hacen un traspaso del negocio.

Muchas de esas baratijas cuyo pregón ensordece habrán costado noches de insomnio, veladas terribles en las que el cuerpo cae desfallecido y exánime, agotadas las fuerzas por un trabajo rudo, monótono, cansado y de escasa recompensa.

Esos juguetes mecánicos que tanto aman los niños han sido ideados muchas veces

por ingenios desconocidos, que atraviesan las civilizaciones sin que nadie les tienda una mano cariñosa.

Tal vez el resorte caprichoso que fácilmente rompen los chicos, picados por la curiosidad, costó á su autor muchos días de fatigoso trabajo y horas crueles y desesperadas.

Y si entramos en otro género de consideraciones, pudiera citarse un sinnúmero de industrias que, sin responder á necesidades de la vida, constituyen el medio social en el cual se mueven y existen familias enteras.

Los vendedores de chufas, altramuces, caramelos de colores, etc., completan el cuadro cuyo boceto hemos intentado trazar.

Ahora bien: los que en realidad pertenecen á las pequeñas industrias son todos aquellos que, poniendo á contribución la paciencia y el ingenio, inventan esos objetos caprichosos y fantásticos, en los que el arte entra pocas veces, pero que llaman la atención y atraen compradores.

No los miremos con aire indiferente ó despreciativo, y reflexiónese alguna vez que la lucha por la existencia somete al hombre en cualquier trabajo á pruebas muy duras y á desesperaciones muy frecuentes.

José Pérez Guerrero.



Revista cómica.

Le propongo á *El Liberal*
un modelo de revista
que ha escrito á un municipal
un chico memorialista.
Como es joven sin principios,
yo me apresuro á pedir
que le perdonen los ripios,
porque no sabe escribir.

La otra noche á Parish fui
por ver *La Cara de Dios*,
con música de Chapi,
que vale lo menos dos.
¡Arniches! Eso se llama
ser autor afortunado.
Has tocado el melodrama
como nadie lo ha tocado.
Ese drama se hará viejo
recorriendo bastidores...
¡Ah! Dile á Pepe Mesejo
¡que es el rey de los actores!
¡Y en Romea? ¡Bien, Chicote!
Juro que no cabe más;

pásate por el cogote
cuanto digan los demás.
¿Y Loreto? ¡Bravo, niña!
¡Quién pide más perfecciones?
¡Has hecho una *Marsuina*
que alegra los corazones!
¡Ha logrado demostrar
Caamaño que es un autor!
¡Hombre! ¡Si ha puesto usted un par
de rehiletes superior!
Señor Lapuerta, ¡muy bien!
Con ingenio tan feliz,
no haya miedo que le den
con la puerta en la nariz.
.....
Mi querido Cavestany:
La Vallière es de valer...
y harán Palencia and Company
su agosto con *La Vallière*.
.....
Conque, lectores, ¡qué tal
les parece la revista
que ha escrito á un municipal
un chico memorialista?

Luis Falcato.



DISCUSIÓN INÚTIL

(FANTASÍA)

La Primavera.

—Soy la estación más hermosa del año... ¿Cuál puede igualarse á mí? Ninguna... Yo hago florecer los campos y los árboles; yo lleno la brisa de perfumes y aromas; yo convido al amor con mis mañanas llenas de luz y lozanía como un paisaje andaluz y con mis noches de un azul purísimo y trasparente cual la imaginación de

una virgen. Yo llevo la satisfacción y la alegría á todos, á ricos y pobres. Todos me desean, todos me solicitan como hada benéfica que ha de librarles de las nieblas y heladas del invierno y que no lleva consigo el calor enervante del verano.

El Invierno.

—¿Qué dice esa mentecata? ¿Querer sobreponerse á mí? ¡Habría osadía!...

Todo eso es lirismo hueco y ampuloso, sin fin alguno, vacío de sentido común... Soy la estación del filósofo, del sabio, de los que trabajan y hacen algo por la humanidad. Conmigo caen las hojas de los árboles, simbolizando lo efímero de nuestra vida; conmigo se cubren los campos de hielo y los árboles de nieve, enseñando que nunca debe fiarse en lo presente, sino pensar en lo venidero; que lo que hoy es hermoso, mañana puede ser, es viejo, asqueroso, repulsivo... Yo sostengo el amor de la familia, congregándola bajo la campana del hogar ó en rededor de la chimenea... En mi época se trabaja más que en ninguna otra; se vive mejor; se favorece al artista y al industrial, poniendo en circulación, para fiestas y bailes, grandes masas de dinero; se hacen más caridades... En fin, yo, el Invierno, represento á todo el año, soy el año por excelencia...

El Verano.

—¿Y qué sería de vosotros sin mí? ¿Es que me despreciáis acaso? ¡Ah, infelices! Si mucho valéis, más valgo yo. ¿Hay algo más hermoso que el verano?

Soy la felicidad del rico, que en mi tiempo recoge sus rentas y cosechas; soy la felicidad del pobre, que come con cualquier cosa, duerme en cualquier sitio y se cubre con cuatro trapos sin valor alguno... Soy el pan, que bajo el abrasador sol de Junio se cimbrea gallardamente en el campo; soy la estación por todos bendecida, por todos alabada... La época de los baños, de las expediciones, de los viajes... La de las mujeres que, libres de plumas y pieles, se muestran deslumbradoras de belleza, vestidas con percales y batistas... Soy la fiesta de los toros, en que reino como amo y señor para admirar la gallardía de los diestros que, cubiertos de seda y oro, en que se quiebran en mil facetas los rayos del sol, desafían al noble bruto... Soy...

El Otoño.

—¿Me dejáis tomar la palabra? ¿Sí? Pocas he de decir en mi defensa.

Soy el Otoño, la estación en que se recolecta la uva y se hace el vino, el sacrosanto vino, que desde el altar del Señor á la misera taberna recorre siempre triunfante toda la escala social repartiendo equitativo entre chicos y grandes la hermosa fe, ó la sana alegría que se escapa centelleando en sus burbujas... Ese soy yo... ¿Os parezco poco?

El Filósofo.

—¿Estaciones malditas! Todas sois iguales... lo mismo para el rico que para el pobre: cada uno lleva siempre consigo la carga de su felicidad ó de su desgracia, y vosotras no alteráis en nada ese estado... Es indiferente que seáis más ó menos bellas, hermosas, áridas ó miserables... Para el feliz, para el desgraciado, sois idénticas: lo mismo les es una que otra, igual sufren ó gozan en la Primavera que en el Verano ó el Invierno... ¿A qué, pues, tanta alharaca?

Pasáis y pasáis sin tregua ni descanso, heredándoos las unas á las otras en un movimiento de vertiginosa y alocada sucesión, jamás interrumpida... Repitiéndoos eternamente, nunca sois las mismas: las de este año no son las del pasado ni las del venidero... Y nosotros, los pobres humanos, os vemos pasar sin cuidado alguno, siempre alegres y rientes como si la que ha pasado volviese á hacerlo, como si no estuvieseis encadenadas para dar con la miseria de nuestro cuerpo en el abismo sin fin de la muerte... ¿Quién puede creer en vosotras?...

García Cano.